

DE TAL PALO TAL ASTILLA.

NOVELA DE PEREDA.

(1880)

I.

Por desgracia ó por fortuna, que casi no sabré decirlo á punto fijo, siempre me ha tocado hablar de los libros de Pereda, después que ya los ha juzgado todo el mundo.

Mas esta vez indudablemente ha sido para mí una verdadera suerte el llegar tarde.

Porque si hubiera podido escribir de esta última novela tan pronto como vió la luz pública, hubiera tenido que reducirme á dar á conocer á grandes rasgos el asunto y hacer del desempeño los fervientes elogios que son de justicia, y que no por serlo hubieran dejado quizá de parecer producto de amistad personal ó de apasionamiento de escuela.

Pero ha corrido un mes desde que se presentó en los escaparates de los librerros *De tal palo tal astilla*, cuya primera edición, por más señas, está ya agotándose, y en ese tiempo no

ha quedado revista, ni periódico apenas con pretensiones de literario, que no se haya creído en el deber de dar á sus lectores noticia del libro con más ó menos literatura, ni ha quedado escritor que presuma de crítico, que no haya tenido la bondad de emitir su opinión acerca de esta obra, desde la ínfima categoría de los comparsas, hasta las primeras partes del teatro racionalista.

Y como quiera que (y esto casi no es necesario decirlo) á toda esa bullidora colmena de sabios la ha gustado la novela del ilustre escritor montañés, casi tanto como cualquier dolor agudo, tampoco es necesario decir que la novela no puede ser mejor, que es excelente, que el autor ha dado en el quid y ha logrado hacer un verdadero libro de batalla, y áun de victoria, si vale la frase.

Y aquí permítaseme alabar á Dios por la mudanza de un crítico, no racionalista, sino católico, y por cierto de erudición vastísima, sin que me atreva yo á asegurar que ande tan arriba como en erudición, en discernimiento. (1)

Enamorado, al parecer, de las formas clásicas, y un sí es ó no es hasta del fondo, venía este crítico sosteniendo, á propósito de los libros de Pereda ó de cualesquiera otros libros,

(1) Aludía al señor Menéndez Pelayo, cuya erudición es maravillosa, pero cuya falta de criterio en ésta como en otras materias, es verdaderamente lamentable.

la estrambótica y *non sancta* teoría del cultivo de *el arte por el arte*; es decir, que los escritores, aunque sean como el señor Pereda, y todos los demás artistas, han de hacer sus obras por hacerlas, ó cuando más, por venderlas.

Todavía no va un año desde que el escritor á quien hago referencia escribía con motivo de la novela de Pereda que precedió á la de ahora, del *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, estas terminantes palabras: «Yo no admito que el señor Pereda se haya propuesto en esta novela probar nada,» y daba la razón, añadiendo con cierto desdén entre paréntesis: «Es demasiado artista para eso.»

No es ciertamente ocasión ahora de refutar estas especies, lo uno por haberlas ya refutado con alguna extensión entonces, y lo otro porque el mismo autor de ellas se ha encargado de refutarlas por su cuenta con un artículo reciente, en donde á más de llamar á esta novela «primorosa obra literaria y BUENA OBRA MORAL,» dice luego: «Es lo cierto que de sus novelas (las de Pereda) como de toda obra artística que sea fiel trasunto de la vida humana, se infieren, no una, sino muchas y variadas lecciones. Así, del conflicto religioso que en la novela del señor Pereda estalla, sacará cualquier lector de buen seso, entre otras consecuencias no menos trascendentales, la siguiente...» y pone entre comillas una especie de teorema que

sin ser el principalmente desarrollado en la obra, es sin duda uno de los corolarios que de ella pueden deducirse. Más adelante añade, elogiando la manera cómo el novelista resuelve el conflicto religioso planteado en su obra: «Convertir al impío al fin de la novela hubiera sido echar á perder *la tremenda lección que de toda ella se deduce* y que el doctor Peñarrubia (padre) formula así: «¡Señor, tremenda es tu justicia!»

Por donde se ve claro que el joven y apreciable escritor ha caído de su burro y tiene la lealtad y franqueza de confesarlo, conociendo que *si humanum est errare, sapientis est mutare consilium*. (1)

Y es tanto más de celebrar el nuevo rumbo del escritor indicado, cuanto que iba ya comenzando á formar escuela.

No há mucho que un biógrafo aturdido, escribiendo en una publicación ilustrada y católica, decía de Paul Feval, en son de alabanza, que nunca se proponía en sus obras resolver problemas ni demostrar doctrinas. Y lo decía con tan poca oportunidad, que casi al mismo tiempo escribía en la segunda parte de sus *Etapas de una conversión* el ilustre convertido estas palabras:

(1) Desgraciadamente, después ha vuelto el Sr. Menéndez Pelayo á defender la teoría del arte por el arte, y á tronar contra las novelas *tendenciosas*. De donde resulta que como crítico no tiene atadero.

«El Sr. Barante, allá en el tiempo en que estaba en boga, quiso desenterrar aquella carcomida sentencia, *scribitur ad narrandum*.... ya puedes figurarte el éxito que tendría entre los que leen saltando páginas.... Yo por mí confieso francamente que si no tuviera nada que probar me callaría. *SCRIBITUR AD PROBANDUM* sería mi divisa si yo mereciese tener una divisa, ó cuando más me permitiría *escribir para narrar*, pero sólo á condición de *narrar para demostrar*.»

Me he detenido quizás demasiado en este punto, porque le considero de suma importancia. Pero vamos al cuento.

II.

En un hermoso lugarcillo de la montaña de Santander llamado Valdecines, vive en compañía de su madre y de una hermana más niña, una joven llamada Agueda, rica en bienes de fortuna, bastante más rica de gracias y perfecciones naturales, y mucho más rica todavía en discreción, talento y virtudes, que hacen incomparable la hermosura de su alma.

En otro lugarcillo no muy distante del anterior vive el doctor Peñarrubia, médico descreído que alcanzó gran fama en la córte, y que poco satisfecho de ésta y de aquélla, que debieron darle más de un disgusto, se ha

retirado á vivir tranquilamente en su pueblo natal, mientras su hijo Fernando, gallardo mozo de clarísimo talento, pero que no ha recibido ninguna educación religiosa, y que por consiguiente milita en las filas más avanzadas de la impiedad materialista y atea, concluye en Madrid, con gran aplauso de los suyos, la carrera de medicina.

Fernando y Águeda se conocieron y se amaron con ese amor tierno, desinteresado y puro, que donde prende una vez ya no se apaga sino con el postrer suspiro de la vida: parecían formados el uno para el otro.

Pero un día doña Marta, la madre de Águeda supo que Fernando era incrédulo rematado, y le cerró severa y terminantemente las puertas de su casa.

Fernando se volvió á Madrid á continuar sus estudios, harto preocupado con aquella determinación, aunque confiaba en que no había de ser duradera, y en que estando, como estaba, seguro del amor de Águeda, no dejarían al fin de verse logradas sus recíprocas aficiones.

Cae después gravemente enferma la madre de Águeda, y ésta, que ni fía demasiado en el saber de D. Lesmes, pobre charlatán que hace de cirujano en Valdecines, ni da importancia á los cuentos del vulgo sobre las brujerías que se atribuyen al doctor Peñarrubia, conocido con el terrible nombre de *Pateta*, le es-

cribe una carta pidiéndole para su madre los auxilios de la medicina.

El doctor, va en efecto, á visitar á doña Marta, y aquí comienza la narración.

El primer capítulo de la novela es el paso del doctor y de Macabeo, que le ha llevado la carta y le sirve de espolista, por la hoz que hay entre Valdecines y Perojales, durante una tempestad horrorosa.

Los auxilios de la ciencia son ya tardíos; el doctor apenas llega más que á presenciar la cristiana muerte de la madre de Águeda.

Esta se queda sola con su hermana menor, la niña Pilar, y ambas, pero principalmente la primera, tienen que sufrir por unos días bajo la tutela de D. Sotero, administrador que fué de la casa en vida de doña Marta, tan malvado y tan hipócrita, que el diablo no tiene por donde desecharle.

Fernando vuelve de Madrid esperanzado de poder ahora casarse con Águeda, no habiendo ya nadie que legítimamente pueda oponerse á sus mutuos amores, y tiene con ella alguna entrevista; pero Águeda cumple su deber de cristiana con heroico valor, sofoca en su pecho como puede el amor que siente por Fernando, y le prohíbe, igual que su madre, volver á verla mientras no crea y obre como católico.

Lucha Fernando con su amor y con su incredulidad, y en la imposibilidad de vencer

al primero, trata de vencer á la segunda: celebra al efecto una conferencia preliminar con el sabio y virtuoso Párroco de Valdecienes; mas en esto llegan á sus oídos los rumores de la maledicencia popular excitada por don Sotero (que desea que Águeda se case con un sobrino suyo ó no se case con nadie), propalando que el hijo del doctor quiere hacer la pamema de que se convierte para hacerse dueño del pingüe caudal de Águeda, y con esto y con lo difícil que le parece su conversión, y con lo imposible de vencer sin ella la noble resistencia de Águeda, se le amontona el juicio y pone término violentamente á su carrera en el mundo.

Tal es así por encima el argumento de esta novela, que narrado de la tan especial manera como Pereda sabe narrar; y adornado de bellísimos é interesantes episodios, forma un libro que, una vez abierto, no se acierta á cerrarle.

Siento en el alma no dedicar un rato á referir sus bellezas; mas cómo lo haría, si para enumerarlas todas me había de faltar tiempo y espacio, y por otra parte no me creo con valor para entresacarlas?

¡Qué descripciones! ¡Qué diálogos! El primer capítulo de la obra, en el que se describe la hoz por donde pasan el doctor y Macabeo en una noche de tempestad, bastaría por sí solo para formar la reputación de un novelista.

Y ¿qué podría decir del diálogo entre Macabeo y Tasia en el capítulo IX? Y ¿qué de la sencillez y de la verdad de aquel otro entre Fernando y la niña Pilar en el jardín de la casa, y de la exquisita ternura de otros varios entre las dos huérfanas, por ejemplo, el del final del capítulo VII? Y en otro estilo, ¿qué cosa más graciosa ni más al vivo pintada que la escarapela de la botica entre el cirujano, el boticario y el maestro?

Sin embargo, donde verdaderamente aparece inimitable Pereda en esta obra, es en los personajes. Hasta los de menor importancia son figuras tan caracterizadas, tan verdaderas y tan interesantes que no puede olvidarse de ellas el que las ha conocido. Don Sotero, aún con ser la figura menos real, es una terrible encarnación de la avaricia que, consentida en principio y halagada, llega á embotar hasta un punto increíble la sensibilidad de la conciencia. El animalejo de su sobrino está perfectamente concebido y dibujado, y Macabeo es una joya artística. A don Lesmes el cirujano, natural de Vitigudino, se le ve hablar y gesticular, y hasta el metal de su voz cree uno estar oyendo. Los Peñarrubias, padre é hijo, son tipos de primer orden.

Pero el gran carácter de esta novela es Águeda, y el mejor de cuantos ha creado Pereda con haberlos hecho tan buenos. Mo-